

quemó los almacenes en Coram, y evitando el encuentro de los cruceros ingleses, atravesó de nuevo el Sound sin perder un solo hombre. Por otra parte, el Mayor Carleton se puso en marcha á fines de octubre á la cabeza de mil hombres, entre europeos, indios y realistas, y dirigiéndose al Norte del estado de Nueva-York, se apoderó de los fuertes Ana y Jorge con sus respectivas guarniciones. Al mismo tiempo Sir Juan Johnson seguido de otras fuerzas semejantes se presentó en el Mohawk, donde tuvo con el enemigo algunas escaramuzas, pero ambas expediciones se vieron al fin precisadas á retirarse y devastaron todo el pais que iban atravesando.

Al aproximarse la estacion del frio, los dos ejércitos se retiraron á cuarteles de invierno. El general Washington situó á las fuerzas de Pennsylvania cerca de Morristown, á las de Jersey en las inmediaciones de Pompton, en los confines de Nueva-York y Nueva-Jersey; las tropas de Nueva-Inglaterra se estacionaron en West Point y sus alrededores, ocupando ambos lados de North River, y finalmente las tropas de Nueva-York permanecieron en Albania á donde fueron enviadas para oponerse á la incursion de Carleton y Johnson. El ejército francés se quedó en Newport, excepto la legion del duque de Lauzun que se acantonó en Lebanon. (Connecticut).

Informado Washington de que otros oficiales americanos conspiraban como Arnold contra su pais, resolvió averiguar si esto era exacto, y en su consecuencia encargó al Mayor Lee eligiera un hombre que, fingiéndose desertor, marchara á Nueva-York á fin de saber la verdad en un asunto tan importante para los intereses de la patria y la vindicacion del ejército. Felizmente Lee contaba entre sus tropas un hombre á propósito, y despues de celebrar una entrevista con el bravo sargento y vencer sus escrúpulos para cumplir tan extraordinaria mision, Champe se convino al fin en desempeñarla.

Arreglado el primer punto, el Mayor y el sargento trataron acerca de los medios de que se valdria este último para desertar, porque ambos sabian muy bien que cruzar entre las numerosas patrullas de caballeria é infanteria que vigilaban continuamente, era en extremo difícil, tanto mas cuanto que algunas partidas recorrían el sitio llamado Liberty-pole, y varios cuerpos irregulares llegaban á veces hasta Paulus Flook con la esperanza de coger algun botin. Por grandes que fuesen las dificultades, nada podia hacer en esto el Mayor Lee sin dar á conocer que patrocinaba la desercion, lo cual equivalia á descubrir el secreto, comprometiendo á la vez la vida de Champe si llegaba á saberlo el enemigo; y por lo tanto el sargento quedaba abandonado á sus propios recursos, conviniéndose no obstante en que si su falta se notaba antes de la mañana, se cuidaria Lee de retardar la persecucion tanto como fuese posible. Despues de dar al sargento tres guineas, deseándole buena suerte, el Mayor le recomendó que marchase sin tardanza y que comunicara su llegada á Nueva-York tan pronto como le fuese posible. Entonces Champe sacando su reloj, lo confrontó con el del Mayor, recordando á este último lo importante que era retardar la persecucion que en su concepto iba á tener lugar aquella misma noche, y que podria serle fatal, pues le era preciso dar muchos rodeos á fin de evitar el encuentro de las patrullas. En aquel momento eran cerca de las once: Champe volvió al campamento, cogió su capa y su mochila, y sacando el caballo de la cuadra, se puso en marcha, en

tanto que Lee, satisfecho por la actividad con que se llevaba á cabo la primera parte de la empresa, se retiró á descansar. ¡Vano intento! ¡Bien pronto habia de turbar su reposo la noticia de la fuga de Champe!

Al cabo de media hora, el capitán Carnes, que era el oficial de guardia, se presentó al Mayor Lee, y revelando cierta agitacion, dijole que un individuo de la patrulla acababa de encontrar á un dragon, que en vez de detenerse al dar la voz de alto, habia metido espuelas á su caballo sin dar contestacion alguna, y que ya le iban persiguiendo. Quejóse el Mayor Lee de aquella interrupcion, y manifestando que estaba muy cansado, contestó como si no entendiera lo que acababan de decirle, invitando al capitán á que repitiese sus palabras. «¿Y quién puede ser ese hombre á quien persiguen?» preguntó el Mayor, será acaso algun paisano.» «No, replicó el capitán, la patrulla vió claramente que era un dragon, aunque no sé si del enemigo ó de los nuestros.» El Mayor ridiculizó esta opinion, manifestando que semejante cosa no era probable, atendido que durante toda la guerra no habia desertado ni un solo individuo de aquel cuerpo; pero esto no convenció al capitán Carnes, que como otros muchos, desconfiaba de todo desde la traicion de Arnold, y en su consecuencia fué inmediatamente á pasar revista al escuadron, que acababa de formarse por orden suya. El capitán volvió á los pocos momentos diciendo que el desertor era nada menos que el sargento mayor que se habia ido con su caballo y su equipo, y añadió, muy afectado al parecer por la falta de un soldado á quien se queria tanto, que acababa de encargar la persecucion á un destacamento, y que solo esperaba una orden escrita del Mayor para ponerse en marcha.

Lee interrumpió al capitán para hacerle varias observaciones acerca de la irreprochable conducta del sargento, llegando hasta suponer que, lejos de desertar, se habria tomado la libertad de ir á dar un paseo, siguiendo el ejemplo de otros oficiales que lo tomaban por costumbre, contrariamente á lo dispuesto por la ordenanza y la disciplina.

De este modo se pudo ganar algun tiempo, pero como lle-

## APÉNDICE AL CAPÍTULO VII.

### AVENTURAS DEL SARGENTO CHAMPE.

POR EL MAYOR LEE.

gara el aviso de que ya estaba dispuesto á marchar el destacamento, el Mayor Lee, recurriendo á otro expediente, manifestó al capitán Carnes que le necesitaba para un servicio especial de la mayor urgencia, y que encargara por lo tanto la persecucion á Cornet Middleton. El Mayor tomó estas disposiciones, primeramente para seguir ganando tiempo y en segundo lugar porque conociendo el carácter bondadoso del nuevo oficial, esperaba que protegería á Champe en caso de que fuera cogido. A los diez minutos, presentóse Middleton á recibir la orden que le entregó el Mayor concebida en estos términos: «Perseguid, hasta donde podáis hacerlo con seguridad, al sargento Champe, quien segun se sospecha ha desertado para pasarse al enemigo, tomando el camino que conduce á Paulus Hook. Traedle vivo á fin de que se le pueda castigar en presencia del ejército, pero maldad si se resiste ó trata de escapar.»

Al entregar esta orden á Middleton, el Mayor le detuvo algunos minutos mas á fin de indicarle qué camino debía seguir, y despues de haberle recomendado eficazmente que tuviera cuidado de no caer en manos del enemigo por un exceso de celo en la persecucion, despidióse de él deseándole buena suerte. Poco despues de haberse marchado Champe, habia llovido un poco, y merced á esta circunstancia, los perseguidores pudieron seguir las huellas del fugitivo, pues tanto oficiales como soldados conocian la forma de los cascos de los caballos de tal modo que no era posible engañarse (\*).

Cuando Middleton se puso en marcha, era poco mas de media noche, de modo que Champe no llevaba mas de una hora de ventaja, lo cual no dejó de inquietar á Lee, tanto porque esto podría perjudicar al apreciable sargento como porque acaso tuviera que retrasarse á fin de evitar el encuentro de los que iban á su alcance. Durante la noche los perseguidores tuvieron que detenerse varias veces á fin de registrar el camino y no perder de vista la señal de las pisadas del caballo del fugitivo, mas al romper el día, Middleton continuó su marcha rápidamente, y subiendo por una eminencia antes de llegar á un sitio llamado los Tres Pichones, que se halla al Norte del pueblo de Bergen, divisó así como los hombres de su destacamento, al sargento Champe, del cual no les separaba mas de media milla. Dotado de esa sagacidad que distingue á los indios, Champe descubrió en el mismo momento á sus perseguidores y entonces metiendo espuela á su caballo, resolvió hacerles perder la pista. Middleton por su parte se lanzó al galope seguido de los suyos, y como conocia perfectamente el pais y recordase la existencia de un atajo que á través de los bosques conducía á un puente que hay mas allá de Bergen, dirigióse á él sin vacilar. Una vez llegado dividió sus fuerzas; ordenando á un sargento que con algunos dragones se posesionara de aquel punto, en tanto que él iba en seguimiento de Champe, seguro de que éste no podría escapar al verse cogido de frente y por la espalda. Pero Champe, que conocia tambien

(\*) Todas las herraduras de los caballos tenian la misma forma, y en las delanteras se ponía siempre una señal particular, que conocida de todos los ginetes, indicaba con seguridad el paso de nuestros dragones, lo cual era á veces muy útil.

el atajo y que le hubiera seguido á no estar seguro que por allí iban siempre las patrullas y destacamentos cuando volaban de escaramucear con el enemigo, prefirió el bosque al camino. En su consecuencia apartóse de este último todo lo mas posible, y persuadido de que Middleton adivinaria sus intenciones, desistió de ir á Paulus Hook, pareciéndole mas conveniente refugiarse en una de las galeras inglesas que se hallaban á pocas millas al oeste de Bergen.

Al entrar en Bergen, Champe tomó la derecha y dando vueltas y revueltas á fin de hacer perder la pista á sus perseguidores, atravesó el pueblo y tomó luego la direccion de Elizabethown Point. El sargento de Middleton ganó el puente, donde se ocultó lo mejor posible á fin de lanzarse sobre Champe cuando éste se presentara, en tanto que el jefe de la tropa, siguiendo su camino por Bergen, pronto llegó donde acababa de emboscarse el resto de sus soldados, y pudo convencerse entonces de que Champe se le habia escapado de las manos. Entonces volvió á recorrer el camino á fin de preguntar á los habitantes de Bergen si habian visto pasar por la mañana á un dragon, mas aunque le contestaron afirmativamente, no pudo averiguar qué camino seguía. Sin perder por esto las esperanzas, Middleton dispuso que sus hombres se diseminaran en todas direcciones á fin de seguir las huellas de Champe, y habiendo descubierto al cabo de poco tiempo algunos dragones qué camino siguiera el fugitivo al salir del pueblo, renovóse la persecucion activamente, consiguiéndose al fin descubrir de nuevo el sargento. Este sin embargo, sospechando lo que iba á suceder, no se habia descuidado en tomar sus medidas; arrojó la maleta que contenia sus ropas, así como la vaina de la espada que podía servirle de estorbo para nadar, y viendo que á causa de su momentánea detencion no se hallaban sus perseguidores mas que á tres ó cuatrocientas varas de distancia, lanzóse de su caballo, atravesó el pantano en direccion al rio y se tiró al agua pidiendo auxilio. Los hombres de la tripulacion de la galera hicieron fuego sobre el caballo y enviaron un bote para recoger al sargento, que subió á bordo para ser conducido luego á Nueva-York con una carta del capitán del barco que daba cuenta del hecho.

El caballo con el equipo del sargento y la vaina de su espada fueron recogidos por Middleton, que en vista del mal éxito de su empresa juzgó conveniente retirarse.

A eso de las tres de la tarde llegó al campamento Middleton con su tropa y los soldados al ver el caballo, tan conocido de ellos, sin su jinete, prorumpieron en exclamaciones gritando que el traidor habia muerto.

Alarmado Lee al oír aquellas voces, salió de su tienda y al ver que los dragones de Middleton conducian el caballo de Champe, comenzó á reprocharse la muerte del intrépido sargento, pero disimulando su angustia, acercóse á Middleton y no pudo menos de tranquilizarse, pues comprendió por el gesto del oficial y de su gente cuál fuera el resultado. En efecto, Middleton refirió lo que acababa de suceder en sus menores detalles, añadiendo que Champe se habia escapado á pesar de los esfuerzos que hicieron sus perseguidores para cogerle.

La angustia que al principio experimentara Lee se convir-

tió en alegría y satisfacción al saber que el sargento sano y salvo se hallaría ya entre el enemigo considerado como un verdadero desertor, puesto que no habia motivo alguno para que se dudase de su sinceridad.

El Mayor dió conocimiento de este hecho al comandante en jefe, á quien no dejaron de afectar los apuros del sargento, felicitándose sin embargo del buen éxito de la empresa.

Cuatro dias despues de la fuga de Champe, Lee recibió una carta suya sin firma escrita el dia antes, en la cual manifestaba lo sucedido despues de hallarse á bordo de la galera donde lo recibieron hondadosamente.

Tan pronto como llegó á la ciudad, Champe fué presentado al comandante de Nueva-York, á quien presentó la carta escrita por el capitán de la galera. Habiéndole preguntado á qué cuerpo pertenecía y otras varias cosas, se le envió con un ordenanza al ayudante general, quien al ver que era un sargento mayor de caballería, cuerpo notable por su fidelidad, comenzó á interrogarle á su vez. Champe contestó que tal era el espíritu de insubordinacion que predominaba entre las tropas americanas, á consecuencia de la traicion de Arnold, que no dudaba que si se aprovechaba la oportunidad no solo disminuirían las fuerzas de Washington, sino que bien pronto se vería abandonado de sus mejores soldados. El sargento añadió que sus observaciones y el descontento que empezaba á reinar en el cuerpo á que pertenecía eran una prueba segura de la verdad de su aserto. Cuando hubo concluido de hablar, anotóse en un registro, segun es costumbre entre los ingleses, la filiacion y señas particulares de Champe, y en seguida le enviaron al comandante en jefe con una carta del ayudante general. Sir Enrique Clinton trató hondadosamente al sargento; estuvo conferenciando con él mas de una hora y le preguntó, entre otras cosas, á qué se debía el descontento del ejército, si se sospechaba que hubiese otros oficiales de nota complicados en la conspiracion de Arnold y quiénes eran; si Washington gozaba de la misma popularidad que antes; cuál era la situacion de André, qué se opinaba acerca de su suerte, y por último si se creía que Washington iba á tratarle como á un espía. A estas diversas preguntas, algunas de las cuales eran embarazosas, Champe contestó evasivamente, dando á entender sin embargo que si se adoptaban medidas para esitar la desercion, las mejores tropas de los americanos, tanto infantes como caballos, abandonarían bien pronto sus banderas. Respecto á la suerte de André, Champe dijo que ignoraba cuál seria, si bien el ejército deseaba al parecer que se le perdonase, y que en su opinion esto dependia mas bien del Congreso que de la voluntad de Washington.

Despues de esta larga conversacion, Sir Enrique Clinton dió á Champe un par de guineas y le encargó que se presentara al general Arnold, el cual estaba ocupado en organizar una legion americana para el servicio de S. M. Antes de que se marchase el sargento sin embargo, Clinton mandó á uno de sus ayudantes que escribiera á Arnold en nombre de Champe, manifestando quién era éste y las noticias que habia dado respecto al ejército, hecho lo cual se entregó la carta al ordenanza que habia de acompañar á Champe para que la llevase á su destino. Arnold quedó

muy satisfecho y complacido, tanto por la desercion de Champe como al saber que otros pensaban imitar su conducta, hizole numerosas preguntas, y le designó para cuartel el que ocupaban los reclutas y sargentos.

Arnold propuso tambien á Champe que formara parte de su legion con el mismo grado que tenia en el ejército rebelde, ofreciendo asimismo adelantarle cuando se hiciese acreedor á ello, pero Champe manifestó que deseaba retirarse del servicio, porque estaba seguro que en caso de caer prisionero, le ahorcarían sin remedio, y que por lo tanto esperaba se le dispensase de aceptar el ofrecimiento. Una vez en el cuartel, Champe pensó en el medio de entregar las cartas que llevaba, lo cual no podría hacer hasta la noche siguiente, pues érale preciso buscar á uno de los dos *incógnitos* á quien iba recomendado. El primero á quien se dirigió, recibióle con las mayores atenciones, y habiendo leído la carta que le entregara el sargento, le aseguró que podía contar con su eficaz cooperacion para todo cuanto necesitara y dependiese de él. Champe dijo entonces que el general habia resuelto enviarle á Nueva-York porque era muy urgente hacer ciertas averiguaciones, y el desconocido despues de ofrecer sus servicios, comprometiéndose á enviar las cartas del sargento al Mayor Lee, fijó una hora á la mañana siguiente para verse de nuevo con su asociado.

Lee notificó al general lo que decia Champe en su carta, y recibió en cambio una comunicacion para el último en la que se le encargaba que terminase cuanto antes su cometido porque iba á decidirse pronto de la suerte de André, y una vez pronunciada la sentencia no era posible demorar la ejecucion, cualquiera que fuese. El mismo mensajero que llevó la carta de Champe, volvió con la orden del general. Cinco dias estuvo el sargento en Nueva-York antes de ver á la persona á quien únicamente debía confiarse la comision contra Arnold, y la cual ofreció ayudar en todo lo posible á Champe, prometiéndole buscar alguna otra persona de confianza que era de todo punto necesario. Poco despues Lee volvió á recibir noticias del sargento, quien le manifestaba entre otras cosas que en la mañana del dia último de setiembre se habia alistado en clase de sargento de reclutas al servicio de Arnold, medida que, aunque le repugnaba, no podia prescindir de ella, toda vez que así le era fácil entrar y salir en casa de Arnold, cosa indispensable para llevar á cabo la difícil empresa que le fuera confiada. Champe añadía que tenia que luchar con numerosas dificultades y que no eran muy halagüeñas sus esperanzas de obtener un éxito feliz. Champe terminaba su carta diciendo que no tenia motivos para creer estuviese nadie complicado en la traicion de Arnold; que este rumor tuvo su origen en el campamento enemigo, y que de todos modos esperaba aclarar pronto este punto satisfactoriamente. El placer que causara á Lee la primera parte de esta carta se aminoró al saber cuantas dificultades se presentaban para la captura de Arnold, pues de esta dependia la salvacion de André. Sir Enrique Clinton, por su parte, mostrábase muy deseoso de salvar á su querido ayudante de campo, y se esperaba que el exámen de los testigos y la defensa del prisionero retardaría la resolucion del tribunal ya reunido, dando así tiempo á Champe para que llevara

á cabo su mision. Pero una circunstancia imprevista echó por tierra estos planes. El digno y pundonoroso André, reconociendo su falta, no quiso defenderse, y al confesarse culpable, no hubo lugar al exámen de los testigos, por cuya razon, al día siguiente 2 de octubre, reunióse de nuevo el tribunal que declarando que André era un espía, condenó-le á sufrir la pena de muerte.

Al día siguiente se ejecutó la sentencia en la forma acostumbrada, sin que el comandante en jefe juzgara ya oportuno retardarla por mas tiempo, tanto por las pocas seguridades que diera Champe de llevar á cabo su cometido, y por sospechar aun que hubiese otros oficiales comprometidos en la traicion de Arnold, como por consideraciones á la opinion pública.

Además de esto, ni al Congreso ni á la nacion se le hubiera podido explicar el motivo por que se dilataba la ejecucion, pues se corria el riesgo de escitar sospechas y alarma; ni era conveniente tampoco que André estuviese en el secreto, pues seguramente hubiese creido que Sir Enrique Clinton hacia esfuerzos para salvarle, y esto equivalia á darle una esperanza cuya realizacion dependia tan solo de una cosa insegura. La ejecucion de André impidió que la empresa confiada á Champe obtuviera en todas sus partes el resultado apetecido.

Washington ordenó al Mayor Lee que comunicara al sargento lo sucedido, encargándole de paso que tratara de complimentar las demás instrucciones, no apresurándose mucho si por ello habia de comprometerse el éxito.

Poco despues recibióse la contestacion de Champe, quien deploraba lo sucedido, manifestando cándidamente que la esperanza de facilitar á Washington el medio de salvar la vida de André, á quien todos compadecian en el campamento americano, era lo único que pudo inducirle á encargarse de la comision que desempeñaba. Con la carta iban adjuntos algunos documentos que probaban la inocencia de las personas á quienes se acusara de traicion, cuyos documentos, completamente satisfactorios, revelaban el celo y actividad de Champe. Al día siguiente Lee entregó estos papeles al comandante en jefe, quien despues de examinarlos desmostro su satisfaccion, porque era evidente la inocencia de los acusados y no habia ya motivo para desconfiar de ninguno de los oficiales del ejército. Nada quedaba pues que hacer sino apoderarse de Arnold, y habiendo fijado Champe toda su atencion sobre este punto, remitió en 19 de octubre una nota al Mayor Lee, dándole cuenta de las diligencias practicadas así como tambien de los detalles de su plan, que fué sometido al exámen de Washington, con una peticion del sargento en la que solicitaba se le enviasen algunas guineas. La carta del general escrita del mismo día 20 de octubre, revela cuánta importancia daba á este asunto, y qué resuelto estaba á que Arnold le fuese entregado vivo.

El Mayor Lee escribió á Champe diciéndole que las recompensas que habia prometido á sus asociados serian satisfechas puntualmente cuando entregaran á Arnold; que interinamente se enviarian cortas cantidades para los gastos imprevistos, pues pudiera infundir sospechas si se le

encontraba mucho dinero; que por el momento se le remitian cinco guineas, y por último, que contase con mas cuando fuese absolutamente necesario.

Diez dias transcurrieron antes que Champe tomase todas sus medidas, y al cabo de este tiempo, Lee recibió la última carta de aquel, en la cual le indicaba que á la tercera noche siguiente enviara un destacamento de dragones á Hoboken, en cuyo punto esperaba entregar á Arnold al oficial. Como Champe se habia alistado en la legion americana que estaba organizando Arnold, pudo fácilmente observar el método de vida del general, y así descubrió que acostumbraba retirarse á su casa á las doce de la noche, y que antes de irse á la cama, solia dar una vuelta por el jardin. En este momento era cuando los conjurados debian apoderarse de él poniéndole inmediatamente una mordaza.

Junto á la casa de Arnold, en la cual se pensaba cogerle, habia varias empalizadas que Champe arrancó, volviendo á colocarlas cuidadosamente, pues su objeto era dejar espedito el paso á una alameda contigua, donde el sargento, con ayuda de uno de sus asociados, debia apoderarse de Arnold, mientras el otro esperaba con un bote en uno de los embarcaderos del Hudson para conducir al prisionero.

El plan de Champe y su compañero era llevar sujeto á Arnold por las calles mas retiradas hasta llegar al bote, conviniéndose ambos en decir que aquel era un borracho, si encontraban algun importuno que les hiciera preguntas.

Una vez llegados al embarcadero, quedaban vencidas todas las dificultades, pues no ofrecia peligro ni obstáculo alguno el atravesar hasta la orilla de Jersey. Tan pronto como Lee tuvo conocimiento de estos detalles comunicóles al comandante en jefe, quien muy satisfecho, dió orden al Mayor para que saliese al encuentro de Champe, teniendo el mayor cuidado de no maltratar á Arnold. En el día prefijado, Lee salió por la noche del campamento con un destacamento de dragones, llevando preparados tres caballos: uno para Arnold, otro para Champe y el tercero para su asociado, sin dudar un momento del buen éxito de la empresa. La pequeña partida llegó á Hoboken á eso de la media noche, y parte de ella se ocultó en el vecino bosque, en tanto que Lee se situaba con tres dragones cerca de la orilla del rio. Sin embargo, pasó una hora y pasó otra sin que apareciese ningun bote, y viendo al fin que iba á romper el día, el Mayor resolvió volverse con los suyos al campamento á fin de manifestar lo que ocurría al comandante en jefe. Washington, que en vista de las medidas que adoptara su emisario, no dudaba del éxito de la empresa y creia ver realizado su mas ardiente deseo, no pudo menos de dar á conocer su pena y su disgusto al pensar sobre todo que acaso su fiel sargento habria sido descubierto al llevar á cabo la última parte de su difícil empresa.

A los pocos dias recibió Lee un anónimo del compañero de Champe, anunciando que el día antes de la noche prefijada para la ejecucion del plan, Arnold habia trasladado sus cuarteles á otro punto de la ciudad, á fin de inspeccionar el embarque de las tropas que se preparaban al parecer para una expedicion que debia dirigir el mismo Arnold; y que la legion americana, compuesta en su mayor parte de de-

sertores habia sido conducida á los transportes á fin de evitar que se escapara alguno de ellos. Así fué como Juan Champe, en vez de cruzar el Hudson aquella noche, quedó depositado á bordo de un buque de la flota hasta que las tropas, al mando de Arnold, desembarcaron en Virginia. El buen sargento no pudo ya escaparse del ejército inglés hasta que tuvo lugar la concentracion de las tropas de Lord Cornwallis en Petersburg, desde cuyo punto huyó á la Carolina del Norte, permaneció algun tiempo en el estado de Sama y pudo al fin reunirse con el ejército americano, poco despues de haber cruzado éste el Congaree en persecucion de Lord Rawdon.

La aparicion de Champe causó el mayor asombro á sus compañeros, tanto mas cuanto que vieron que el antiguo Mayor Lee, entonces teniente coronel, le recibia cordialmente y con el mayor afecto. Sin embargo, pronto se supo la historia de Champe, y entonces aumentóse el aprecio y cariño que siempre inspirara á oficiales y soldados, causan-

do además la mayor admiracion su atrevida y arriesgada empresa.

Champe fué presentado al general Greene, quien cumplió puntualmente las promesas que le hiciera el comandante en jefe, dando despues al sargento un buen caballo y dinero para que marchara á ver al general Washington, quien satisfizo todos los deseos de Champe y le declaró libre del servicio (\*), para evitar que muriese ahorcado, si por una de las vicisitudes de la guerra llegaba á caer en poder del enemigo.

(\*) Cuando el general Washington fué llamado por el presidente Adams para ponerse al frente del ejército que se preparaba á defender el país contra los franceses, previno al teniente coronel Lee que averiguara dónde estaba Champe, pues deseaba encargarle del mando de una compañía. Lee envió un mensajero al conde de Londres, donde se habia establecido Champe despues de retirarse del servicio, mas allí se supo que el bravo sargento acababa de trasladarse á Kentucky, donde murió poco despues.